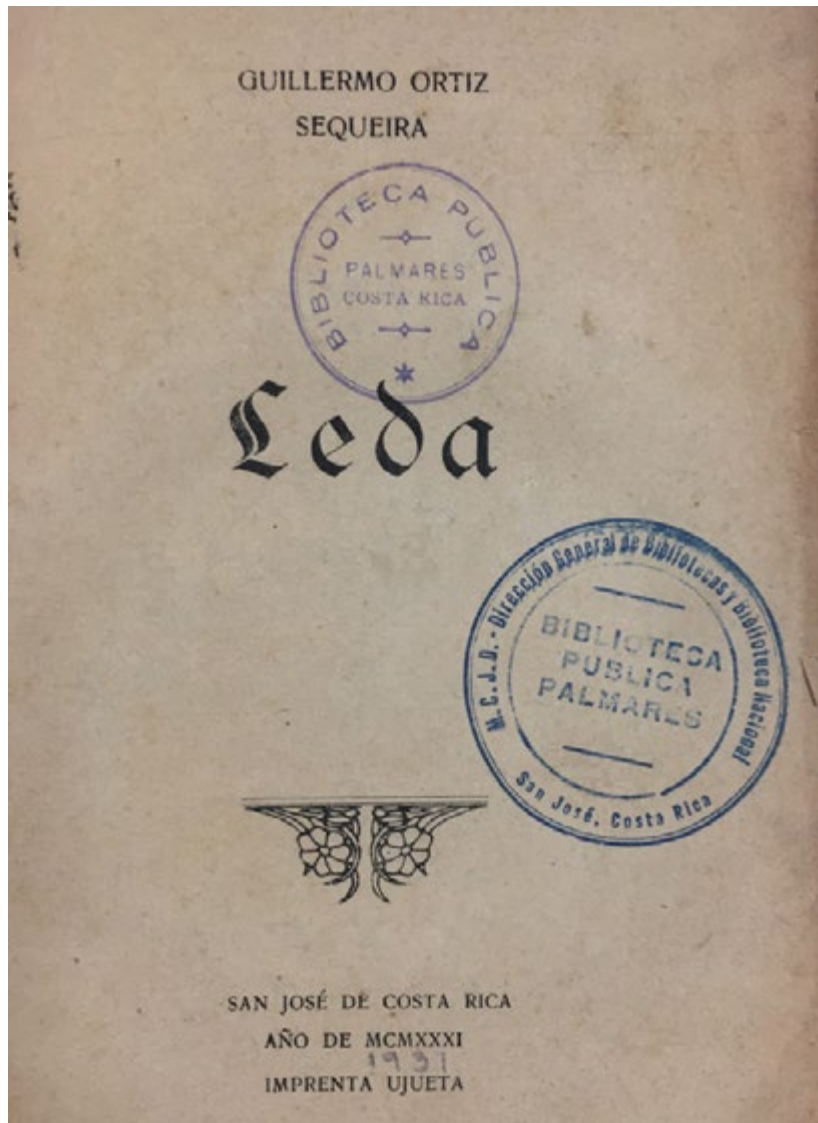


Guillermo Ortiz Sequeira



Es una obra de adolescencia. Tiene de esa enigmática edad, todo el entusiasmo emocional, las exageraciones pasionales, la profunda angustia que se resuelve en anhelos sin realizar y en esperanzas, que se esfuman cuando menos se espera.

Amores contrariados por la ignorancia caprichosa de un padre cuyo egoísmo exagerado quiere ahogar, apenas surgen, las ilusiones de una doncella ansiosa de amar y ser amada.

Escenas de amoríos que desean, sin lograrlo, convertirse en amores serenos y constantes. Diálogos de inefables dulzura, monólogos en los que, en la fantasía, todo sucede, mientras la realidad por otros senderos se va alejando.

La severidad del padre no tiene límites. Cree preciso encerrar como si fuera un pajarillo travieso, a aquella muchacha cuyo destino es volar, muy alto; volar, muy lejos.

Como los barrotes son hechos del acero de la voluntad indomable del viejo, la pobre Leda, a la que falta espacio y anhela luz, delirio sin descanso siguiendo las insinuaciones de una imaginación que no sabe de freno alguno.

La muerte, más piadosa que los hombres, acoge en su seno infinito a la virgen delicada que a fuerza de tanto querer amar, no pudo conocer las delicias de esa ansiedad de pasión.

Para colmo de males, el amado imposible pierde el dominio de la propia personalidad al saber que su Leda ha huido, hacia el cielo, en donde seguramente ha de esperarlo con devoción profunda.

Libro de adolescencia con todos los defectos esa edad ingrata y adorable a un tiempo mismo pequeña narración que promete mucho, porque en el autor hay preocupación sincera por el arte literario y por sus eternas manifestaciones.

Desgraciadamente, esas esperanzas no se han visto colmadas aún. Calla, desde entonces, la musa que tantas bellas cosas podía haber susurrado a los oídos atentos de este muchacho de temple realmente artístico.